



Presentación del cartel

LUNES SANTO

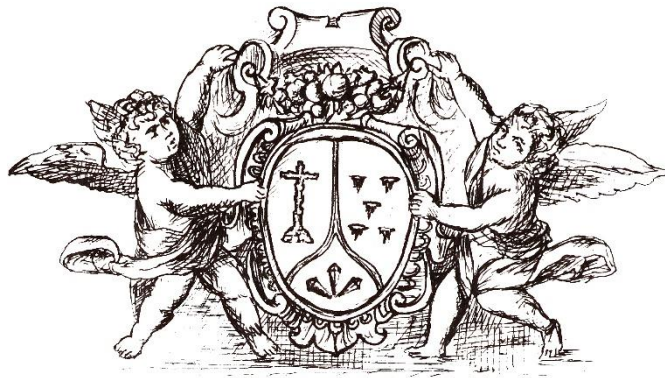
y

VI VÍA CRUCIS

al Cerro de la Cruz

*En el año del V Centenario
de la Hermandad de la Vera Cruz*

Juan Antonio Castilla Tuque



PRESENTACIÓN DEL CARTEL

VI SUBIDA AL CERRO

DE LA VERA-CRUZ

DE NUESTRO PADRE JESÚS

NAZARENO DE LA SANGRE

XXXV CARTEL DEL

LUNES SANTO DE ANTEQUERA

COFRADÍA DE LOS ESTUDIANTES

22 DE FEBRERO DE 2025

EN EL REAL MONASTERIO DE

SAN ZOILO IGLESIA DE SAN FRANCISCO

A.T.Q - MMXXV



**PRESENTACIÓN DE
D JOSÉ PEDRO ALARCÓN GÓNZALEZ
AL PRESENTADOR DEL CARTEL
D. JUAN ANTONIO CASTILLA LUQUE**

Buenas tardes.

La Seráfica, Venerable, Ilustre y Muy Antigua Archicofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno de la Sangre, Santo Cristo Verde y Nuestra Señora de la Sana Vera-Cruz, conocida en el universo mundo como Cofradía de los Estudiantes de Antequera, les dan a todos ustedes la bienvenida a este acto de la Trigésimo Quinta Presentación del Cartel anunciador del Lunes Santo Antequerano ene este año de 2025.

Igualmente y de forma extraordinaria será presentado el Cartel anunciador del VI Vía Crucís al Cerro de la Vera Cruz con la Imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno de la Sangre, a celebrar (D.M.) el Viernes de Dolores 2025.

En sesión ordinaria, el 25 de Octrubre de 2024, y reunida la Junta de Gobierno de esta corporación nazarena en este Real Monasterio de San Zoilo se acuerda nombrar como Presetnador de ambos carteles a N.H. Juan Antonio Castilla Luque.

Y vuelven las palabras un año más que junto con la imagen se unirán en esta simbiosis cofrade, que funde el corazón con los sentimientos del alma. Los autores de los carteles, D. Francisco Tejada Domínguez y D. Juan Antonio Pingo Machuca, han puesto todo el cariño en las obras que a continuación a ese mundo de recuerdos y de obras que cada



uno lleva guardado en el baúl sin metro de la memoria, haciéndose ver que nuestra estación penitencial está cada vez más cerca.

Y quien no conoce en el acervo cofrade de nuestra ciudad a nuestro presentador, N.H. Juan Antonio Castilla Luque.

Juan Antonio nace en Antequera en el año de 1968. Estudió en el Colegio San Francisco Javier "La Salle" y también en el Colegio María Inmaculada. Casado con Inmaculada Barón Ríos y padre de un hijo, Jesús, quien también ha portado sobre sus hombros al Nazareno de la Sangre, la gran devoción de su padre.

Juan Antonio desarrolla su labor profesional como Administrativo en el Área de Seguridad y Tráfico del Exceletísimo Ayuntamiento de Antequera. Antes desempeñó su labor en la Biblioteca Municipal y Supramunicipal de Antequera.

Pero sin lugar a dudas su verdadero territorio y donde se encuentra a sí mismo es en el ámbito cofrade. Es hermano de la Pontificía, Real e Ilustre Archicofradía del Dulce Nombre de Jesús y Nuestra Señora de la Paz Coronada, siendo Hermano de Trono de la Virgen durante muchos años. También es Hermano de la Real Hermandad de Santísimo Cristo de la Salud y de las Aguas, siendo también en la actualidad Hermanaco del Trono de nuestro Patrón. Hermano de la Hermandad de Nuestra Señora del Rocío de Antequera y este año pasado fue designado, para la festividad del Corpus Cristi, Hermano Mayor de Insignia para el trono de la Custodia.



Pero, sin duda, donde destaca como cofrade, es en nuestra Archicofradía, a la que se ha dedicado más de media vida, formando parte de la misma desde el año 1986.

Ha desempeñado muchos cargos de responsabilidad, incluyendo el de Hermano Mayor de la misma en los años 2001 y 2004 y como no, Hermano Mayor de Insignia de Nuestro Padre Jesús Nazario de la Sangre entre los años 1989 a 2010, en la primera etapa y retomando el mismo cargo en el año 2023 hasta la actualidad.

Decir Juan Antonio Castilla Luque en nuestra cofradía es hablar de una parte importante de nuestra historia, que junto con su familia, han luchado por mantener y engrandecer la misma durante muchos años.

En tu presentación seguro se verán reflejadas las palabras de amor hacía tu madre, tu hermana, tu mujer, tu hijo, y sin duda tu padre, nuestro querido y recordado Nono, el abuelo de esta cofradía, al que también le debemos tanto. De seguro que hoy está asomado a esta tribuna del cielo con todos los nombres estudiantes, que ya han partido buscando la mirada eterna de Nuestro Padre, esperando con anhelo tus palabras. Besos al cielo.

Y es que Tú, hermano, has sido maestro de muchos cofrades estudiantes, entre los que yo me incluyo. Me sería imposible describir aquí tantos momentos vividos que ha quedado guardados en la memoria, que ni siquiera el tiempo ha conseguido el objeto de hacer mella con el olvido.

Gracias Juan, por estar ahí cuanto más te necesitamos.



Ahora si, señoras y señores, con todos ustedes N.H.
Juan Antonio Castilla Luque. Presentador del Cartel
Anunciador del Lunes Santo Antequerano ene este año 2025.

Muchas gracias.



HOMENAJE A AUGUSTO PANSARD ANAYÁ

Cómo no echarte de menos amigo, si loca está la noche por mirarte, por rozar tu pelo, esta por vestirme de duelo, loca por mimarte encelada de una calle que aprendió a extrañarte como a nadie. Loca está la noche, recordando paseos de crío por la penumbra, que anda vestidita de lunes y la luz inventada por un corrillo de estrellas que se reúnen inquietas, como si estuvieran encantadas.

Cómo no añorarte si tras de Ti se cerró la puerta y quedaste en el reino de los silencios, a veces roto por un rezo o ahogado en un llanto que nació en lo más profundo de los adentros.

No sé si mirarte amigo, si alzar la mirada para ver esas manos clavadas por ese alarde de pericia que se llevaron las caricias que antes me dabas.

Cómo sentir ahora tus dedos en mis mejillas para secar mi lágrima, si están cubiertos con esa pátina de hielo inerte, sin vida, ni más consuelo que una brisa verde que baja a verte de ese cielo de rasos y suaves terciopelos.

Y ahora dime, dime quién me abraza amigo, siete marchas "clavaíto" y solo acierto a pedir que te quedes, que te quedes...que te quedes un ratito más conmigo.

¿Quién borrará mis esperanzas falsas?, ¿qué labios pronunciarán mi nombre?, si te vas por las Descalzas muriendo, muriendo como Dios la muerte de los hombres. ¡Acaso siento este frío como respuesta a esos desafíos que



nacen como derrota!.

Dime, dime amigo, si puedo escalar a ti subido en cualquier padrenuestro.

No sé si mirarte amigo, por no verte dormido en una muerte de madera, temiendo el filo de la noche mientras hachones de cera derriten todas las horas, larguitas horas de espera, horas carceleras de un derroche de suspiros sostenidos por la brisa que se entrega.

Y si te miro, y si te miro amigo, y veo que no me miras, qué vacío más temido me quedará como abrigo. Que solo te veo vecino, aunque rodeado de esa bulla que es suelo de tu calvario.

Qué solo, acariciado por la brisa que te arrulla, y que a la misma noche engaña cantando una nana de pena que en verdad, que en verdad suena a muerte a manos llenas.

Otra vez ese canto maldito canto de sirenas que se ensañan con tu cuerpo inerte...

Y aunque ya nada reste en Ti de vida en tu semblante, y ese frio distante se llevara todo lo que eras. Aunque ya nada quedara de Dios y del hombre solo muerte en la madera...en lo poco que de Ti quedara...yo iría a llorarte, a rezarte al abrigo de tu infinita mirada.

Me resisto a pensar que la herida de Longinos pueda marcar Tu destino, que es el mío amigo. El rumbo seguro fue la verdad que nació de tu boca, ahora sin aliento, señalando el camino, señalando la vereda donde agonizan las dudas, las dudas que marchitan los espinos.



Tu eres el sendero más cierto. No amigo, no puedo verte muerto ni dormido, porque... ¿cómo encontrarte amigo?, ¿cómo encontraste cuando me sienta vacío, cuando me sienta perdido?

No puedo navegar sin Ti amigo, no puedo si te veo inerte en ese mástil erguido, con los ojos caídos a plomo, Tú, amigo, Tu que eres mi centinela... ¿cómo verás mis peligros?

Tengo miedo, tengo miedo amigo, miedo al naufragio en el mar de mis dudas, en el mar de todas mis cantinelas. ¿Dónde está Aquél?, ¿dónde amigo?, ¿donde el patrón de mi nave?, ¿Dónde está mi timonel?, si ahora yaces y tus ojos ya no ven. ¿O acaso soy yo el ciego y veo en tu muerte fracaso cuando no hay sino triunfo?.

Claro, por eso en mi barca no hay llanto, ya no hay dolor amigo, no hay nada que a derrota recuerde...porque sigues Tú en ella amigo, bendito seas...MI CRISTO VERDE.

He querido empezar mi presentación haciéndolo como empezó su pregón en este mismo atril hace un año y trescientos cuarenta días, un pregonero que hoy debería estar sentado ahí con vosotros. Este es mi pequeño homenaje al que fue uno de los mejores pregoneros, amigo y persona, quien supo proclamar como pocos el amor a la Banda Verde, **Augusto Pansard Anaya**. Allá donde estés, espero que estés pregonando a Jesús y su Madre María.

Gracias, Augusto, porque no he conocido a una persona que en tan poco tiempo se ganase, no solo a mí, sino a toda esta Cofradía. Gracias por tu humildad y por tu sentir cofrade. No te olvidaremos.



Quiero empezar, como al inicio de cualquier Lunes Santo ante mi Nazareno, diciendo:

Hermanos de Nuestro Padre: ¡atentos!, mirándolo todos a Él decid conmigo:

Padre nuestro, Señor en los cielos, Nazareno de la Sangre, que con tus manos abiertas acaricias tu venerable Cruz de plata y carey.

Santo Cristo Verde, que, con tus manos extendidas, crucificado en ese monte calvario de iris, te inmolaste en la Cruz de madera y plata con amor inmenso.

Padre nuestro, Nazareno de la Sangre, Santo Cristo Verde, somos vuestros hermanacos: benditos sean vuestros nombres. Os mecemos al son que dictan el Hermano Mayor. En el anda siento vuestro reino fraterno, vuestra Antequera es estudiantil y cofrade, y se siente orgullosa cuando os mecemos ante su pueblo antequerano.

El pan nuestro de cada día y salud que nunca falten, Señor, perdónanos. Que debajo de tu trono, el peso que llevamos en nuestros hombros nos haga olvidar el rencor, y nos quite del mal, y de la tentación.

Amén.

Fue un Lunes Santo, a finales de los años 70, que mientras veía la película de Jesús de Nazaret en el cine Ideal, me pareció notar en la sala un retumbar que iba más allá de la película. Ese tronío me arrastró fuera de la sala, y me encontré cara a cara con el trono del Cristo de la Sangre.



Quién me iba a decir que, de la mano de José Antonio Muñoz Rojas, acabaríamos llamándole "Nuestro Padre".

Una década más tarde, en el año 1986, cuatro jóvenes se presentarían en otro mes de febrero, para poder portar al Cristo de la Sangre en nuestros hombros, pero solo conseguirían una escoba con la que barrer la nave del Sagrario. Quién me iba a decir que esa sería la primera de miles de bocanadas de polvo que respiraríamos Josele, Manolito, Idelfonso y un servidor.

Hoy me encuentro ante ustedes, casi cuarenta años después, para hacer una de las cosas que, no me escondo, más me asusta: hablar en público de mi Cofradía en mi Cofradía. Pero estén tranquilos. No tengo dudas de que nuestros sagrados titulares me guiarán y me darán fuerza en este acto.

- Consiliario de esta Hermandad Estudiantil, D. Francisco Hugo Auriolos.

- Sr. Alcalde de esta Bendita, Mariana, Leal y Hermosa ciudad de Antequera, D. Manuel Jesús Barón Ríos.

- Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Seráfica, Ilustre y muy Antigua Archicofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno de la Sangre, Santo Cristo Verde y Nuestra Señora de la Santa Vera-Cruz, Cofradía de los Estudiantes.

- Sra. Presidenta de la Agrupación de Cofradías y Hermandades de Semana Santa de Antequera

- Queridas autoridades Concejales.



•D. Antonio Fernández López, Mi cura, mi amigo.

Gracias a todos por estar aquí.

A mis queridas Camareras: Mi María Carmen e Inma, Puri, María José y Belén, sin olvidar en ningún momento a su padre, mi querido Manolo; mi Isa y mi cuñada Vivi, ¡qué me alegra verte sentada ahí!. Gracias.

A todos los que habéis portado sobre los hombros a Nuestro Padre, en mis 26 años de Hermano Mayor. Sois los pies sobre los que todo Nazareno desearía sostenerse. Gracias por permitirme dirigiros.

A mi mujer, Inma, por estos treinta y cinco años a mi lado y al lado de esta cofradía. He tenido el honor de llevar sobre los hombros a tus otras devociones: Nuestra Señora de la Paz Coronada y el Dulce Nombre de Jesús, de idéntica gubia a nuestro Nazareno. Son las devociones de la familia a la que me has unido y, por tanto, también son ya las mías. Gracias.

A mi hijo Jesús, por todo lo que le he quitado para dárselo a esta cofradía. Gracias por tu infinita comprensión. Por la ayuda que me ofrecido y dado para hacer esta presentación. Solo por esto se entiende que hayas vuelto bajo las andas del Nazareno. Y a su Sarita, que ha sido un regalo para toda la familia.

Mamá, por sentir como has sentido esta cofradía desde que te la enseñé, por acompañarme en todo el camino que he recorrido en ella y apoyarme sin importar que tal camino fuese cuesta abajo o cuesta arriba. Gracias.



A mi hermana, Pili: te quiero. A toda mi familia y a quienes estáis aquí apoyándome: gracias.

A la tribuna que desde allí arriba está apoyándome seguro, mis suegros Juani y Conchi, Josele, Paquito Villalón, Puri, Juan Antonio, Juan Luis Moreno, Augusto, Antonio Garrido, Pepe Romero, José Manuel y Julia. Dadme fuerza para que las lágrimas no salgan de mí hasta el final de esta presentación.

Al que está, porque yo sé que está, sentado en su banco, al lado de su gran amigo inseparable, venido de mi Almogía, Salvador y su mujer Paquita. El alma de San Francisco. Al que es, y lo digo en presente, un buen cofrade y más que un buen hombre. Al que es mi amigo, mi héroe, mi ídolo, mi referente, mi compañero, mi confidente, mi consejero, mi apoyo, mi espejo, mi principio y mi fin. Al que se ha convertido en mi ángel de la guarda. Quien, junto a la que me parió, me ha hecho como soy. Va por el abuelo de la Cofradía. Va por ti, Nono. Va por ti, papá.

Por último, pero no menos importante, a mi hermanaco, mi Hermano Mayor, la única persona que me ha dirigido mientras llevaba en hombros a Nuestro Padre. Por la presentación que has hecho de este humilde estudiante, que cuando llegó lo pusieron a barrer la nave del Sagrario, y cuarenta años después lo siguen poniendo en sitios que no se espera. A mi contrapuntal, porque pocas personas me conocen en lo personal, en lo cofrade y en la Sangre como tú. Gracias de corazón.

Pero sobre todo, a mi AMIGO, gracias.



VI SUBIDA AL CERRO DE LA VERA-CRUZ DE NUESTRO PADRE JESÚS NAZARENO DE LA SANGRE

25 de octubre, un viernes de 2024. Reunión de Junta de Gobierno, a la que, en honor a la verdad, llego tarde. Se toca el punto del presentador del cartel del Lunes Santo y de la sexta subida del Nazareno al Cerro de la Vera Cruz. El Hermano Mayor pregunta si algún Hermano presenta algún candidato. Yo pensaba proponer a alguien, pero, como la noche anterior no pude asistir a la Permanente, me contuve, porque me imaginaba que ya tendrían un candidato. Cuál fue mi sorpresa cuando, por decreto, me nombran a mí. Yo, que hablando de arreglar y componer tronos, lo que queráis, pero hablar en público... ese es un don que Nuestro Padre no me ha dado, lo confieso y lo asumo. Pero hijos míos, cuanto más me negaba, mi Hermano Mayor, Juanma, más se reía, y con él, los miembros de la Junta.

Tuve que aceptar. Nuestro Padre, mi Santo Cristo Verde y mi Madre Niña, como a mí me gusta llamar a mi Vera-Cruz, en vuestras manos estoy. Con mi corazón estudiantil en la garganta empiezo esta presentación.

Veinticinco años después de aquella noche del 19 al 20 de abril de 2000, Miércoles Santo, a las 1:40 de la noche, hicimos historia. A esa hora, esta Archicofradía recuperó a todos los efectos la procesión de la Archicofradía de la Sangre y Santa Vera Cruz, siendo en la actualidad un Vía Crucis al Cerro de la Vera Cruz, con Nuestro Padre Jesús Nazareno de la Sangre y con la grandísima suerte de ser yo el Hermano Mayor.



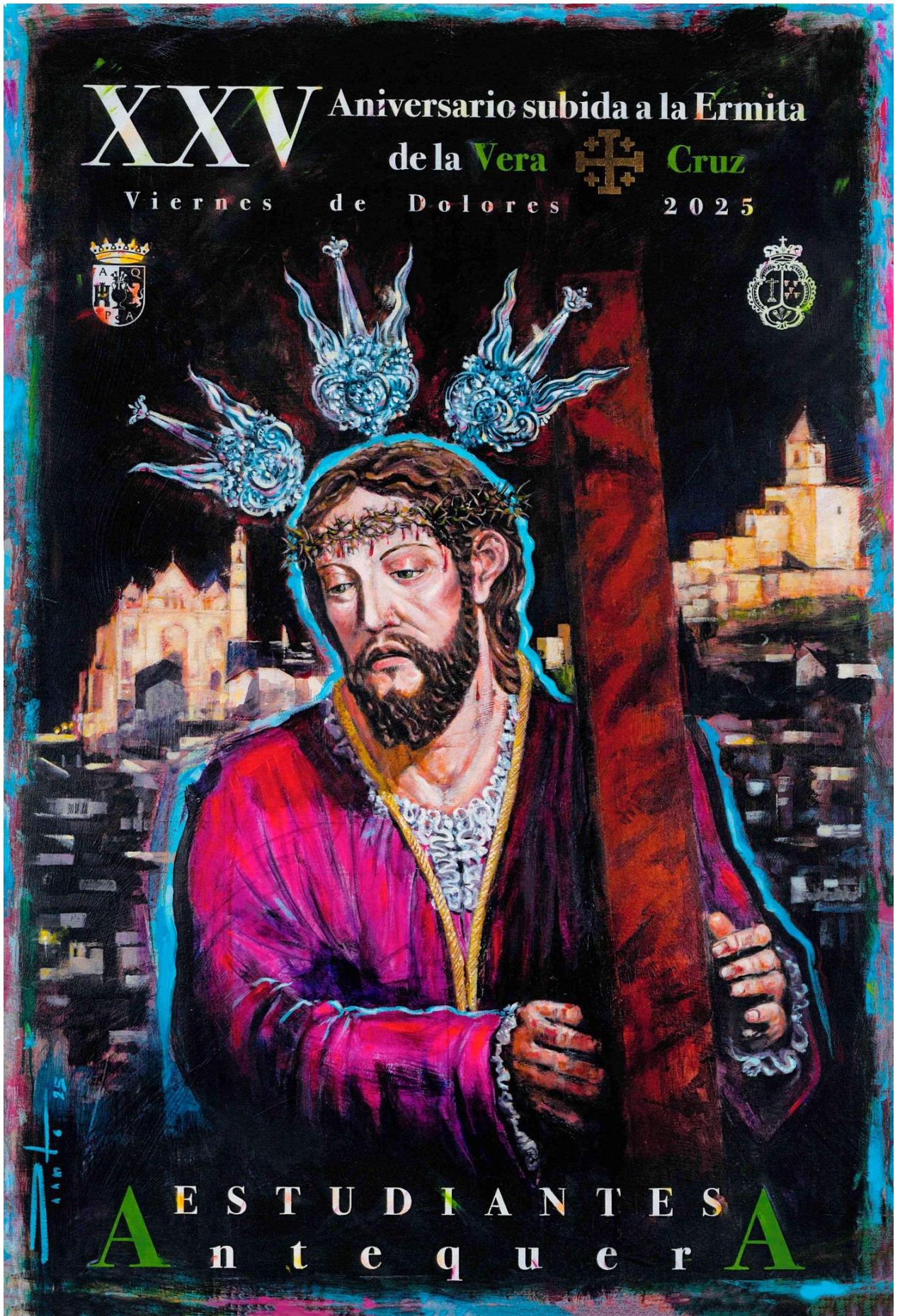
Si os digo la verdad, pocos recuerdos tengo de ese año. Más que recuerdos, anécdotas. Recuerdo el libro maravilloso que nos regaló Santi para la firma de los Hermanacos que subían y suben al Nazareno, en piel y encuadernado por El. Todavía no sé, y aquí hay muchos de los que estuvieron llevando al Nazareno, cómo subimos, no ya al Depósito del Agua, si no a la ermita, en aquel campo a través, sin asfalto y casi sin luz. Pero llevamos a Nuestro Padre a la misma puerta donde terminaba el Vía Crucis y donde se leyó la decimocuarta estación, representada en un azulejo. La historia ha querido que, 25 años después, si Él quiere, vuelva a ser su guía desde su Capilla del Real Monasterio de San Zoilo, Iglesia de San Francisco, hasta el umbral de la ermita, el 11 de abril Viernes de Dolores, para poder volver a leer la última estación.

No quiero haceros esperar más, porque hemos venido a presentar los carteles que darán a conocer a todo el mundo dos de los acontecimientos más importantes para esta Archicofradía en este año: la sexta subida del Vía Crucis de Nuestro Padre Jesús Nazareno de la Sangre al Cerro de la Vera Cruz y conmemorar los veinticinco años y el trigésimo quinto cartel anunciador del Bendito Lunes Santo.

Para destapar el cartel de la sexta subida en Vía Crucis al Cerro de la Vera Cruz, ruego suban al Altar Mayor a mi Camarera, María del Carmen Villalón; a Juan Pinto, el autor; y a Jesús, mi hijo.



XXV Aniversario subida a la Ermita
de la **Vera Cruz**
Viernes de Dolores 2025



A ESTUDIANTES **A**
Antequera



En 1590 fuiste tallado, te hiciste importante y trascendental en la historia antequerana, Jesús Nazareno de la Sangre, Nuestro Padre. Por las circunstancias de tu creación eres hijo del Genio, y de Madre desconocida, un anonimato que queda prendido sin saberlo y, por ese motivo, con el paso de los años, los antequeranos te hacen suyo, te admiran y deja de importar quien fuera tu autor. Al fin y a la postre eres parte de la unidad del universo, y la unidad del universo no admite más firma que la de Dios, tu Padre. Por eso ¿qué importa quién te tallará?, porque Tú eres patrimonio flagelante, estudiantil y devocional de Antequera, formas parte de sus gentes y de su historia, de un todo único que no requiere otra firma que no sea la de tu Padre. ¿Qué importa quién talló a Nuestro Padre? No va a cambiar nuestra devoción, ni nuestra fe en ti. Tú eres lo absoluto. Bajaste del cielo a esta ciudad, te viniste a vivir a tu Capilla en la Iglesia de San Francisco, en el primer Monasterio que se edificó en ella. Nazareno, si te tenemos aquí, ¿qué importa quién te hiciera?

Esta pintura es obra del artista Juan Antonio Pinto Machuca, o más bien, del Hermanaco de Nuestro Padre Juan Pinto. Vino a esta ciudad de Antequera el 10 de febrero de 1976, estudió en el colegio de la Salle, pasó por el Instituto Pedro Espinosa, más tarde al colegio María Inmaculada, licenció en Artes Plásticas por la Universidad de Granada.

Reside en Melilla donde trabaja como docente desde el año 2002, en el Colegio Nuestra Señora del Buen Consejo, e imparte asignaturas como Plástica, Educación Visual o Dibujo Técnico.



Ha ganado varios premios de pintura, así como la Beca de Paisaje Xavier Pousa – Fundación Mondariz-Balneario, de reconocido prestigio en Galicia.

Actualmente colabora con el proyecto C2 Project Royal Cache Wadi Survey, (Proyet Roial Cashé Güadi Servi) de la Universidad Complutense de Madrid, en Lúxor (Egipto), bajo la dirección del Dr. José Ramón Pérez-Accino.

Entre sus obras más destacadas se encuentra el cartel anunciador de la Real Feria de Agosto, de nuestra ciudad, del año 2014. Ha participado en diversas exposiciones colectivas.

Fue hermanaco de Nuestro Padre desde el año 1996, fue apadrinado, como no, por su cuñados Santi y Kino y con el visto bueno de mi siempre Hermano Mayor de la Sangre, Idelfonso. Él sabe porque le doy este título.

Aquí está el cartel conmemorativo que representa un hito en la historia devocional de la Archicofradía de la Sangra y Santa Vera-Cruz, Estudiantes. Veinticinco años subiendo con Nuestro Padre Jesús Nazareno de la Sangre a la Ermita de la Vera-Cruz.

El Nazareno aparece con corona de espinas, símbolo del sufrimiento y la humillación que padeció en su camino al Calvario, y las tres potencias plateadas que representan su divinidad. Su mirada baja y pausada es reflejo de la paciencia y el amor con los que Cristo abrazó su cruz.

El juego de luces y sombras en la imagen acentúa la profundidad y el dramatismo de la escena, crea un efecto envolvente que invita a la contemplación y la oración. La



pincelada expresionista del fondo refuerza la sensación de misticismo y devoción hacia Nuestro Padre.

Hay un entorno monumental, una fusión entre la Fe y el patrimonio de la ciudad que se manifiesta en Santa María y el Castillo de Papabellotas. Estos elementos arquitectónicos no son meros escenarios de fondo, sino que se convierten en símbolos de la historia y la espiritualidad de Antequera, recordando la importancia de la Semana Santa. Recordemos que en el siglo XVII y XVIII es aquí a donde se dirigían la mayoría de Estaciones Penitenciales antequeranas, exceptuando nuestra Archicofradía, que la hacía al Cerro de la Vera Cruz.

La corona de espinas se enrosca en su frente como un yugo cruel, encaja en su carne con tanta precisión como barbarie. Algunas espinas se hunden con tal saña que la sangre brota en hilos finos y ardientes, recorre sus sienes, se mezcla con el sudor y el polvo del camino. Las gotas escarlata caen hasta sus mejillas, resbalan sobre su barba espesa y oscura, tiñen de rojo el último vestigio de dignidad que le quedaba.

Sobre su cabeza, tres resplandores místicos emergían de la nada, tres lenguas de fuego que desafiaban la oscuridad que lo rodeaba. No eran simples adornos; eran la prueba de su divinidad, el símbolo de que, aun en su tormento, seguía siendo Rey. Un Rey sin trono, sin oro, sin cetro, pero con un reino más vasto que el tiempo.

Sus ojos tienen una profundidad insondable, porque contienen el peso de todos los pecados del mundo. Se entrecerraban con una tristeza que no conoce límites,



cargados de la fatiga de quien ha sido traicionado, de quien ha sido golpeado, de quien ha sido entregado a la crueldad de los hombres sin un ápice de compasión. Y sin embargo no hay ira ni reproche, solo una infinita comprensión, una ternura inabarcable que se niega a desaparecer. Su mirada no buscaba venganza ni justicia; solo amor, solo redención.

El cansancio pesa sobre sus párpados, que caen con la pesadez de la carne vencida por el tormento. Sin embargo, en su expresión había algo que trascendía lo humano: la divinidad contenida en el sufrimiento. Sus pupilas oscuras han mirado al abismo del horror de la humanidad, y aun así, no se apartan. Mira a su pueblo, que está a sus pies, a la tierra que pronto bebería su sangre, hacia aquellos que le habían herido y que, sin saberlo, serían salvados por ese mismo dolor que le consumía.

La herida en la frente le arde, pero Él no alza la voz. No se queja. Soporta el dolor con la dignidad de un rey destronado, con la mansedumbre de un cordero llevado al matadero. El sudor se mezclaba con la sangre, formando hilos finos que descendían hasta sus mejillas, empapando su barba espesa y enmarañada, y algunas gotas quedaron atrapadas como perlas rojas de martirio.

Sus labios, secos y entreabiertos, murmuran algo que nunca llega a pronunciarse. ¿Era una oración? ¿Era un suspiro? Nadie lo sabrá jamás, quedará entre Él y su Padre.

La boca, marcada por la sequedad y la fatiga, se mantiene en un gesto de dolor silencioso, de muda resistencia. No había gritos en él, no había súplicas. Solo el eco de su amor grabado en cada línea de su boca.



Su nariz esta recta, firme, apenas parece inmutarse ante la violencia de la escena. Como un pilar inquebrantable, permanece en su sitio, resiste el embate del sufrimiento. Sus pómulos marcados resaltan la delgadez de un rostro consumido por el sacrificio, un rostro en el que cada sombra cuenta una historia de dolor, cada arruga es un vestigio de su humanidad y su divinidad entrelazadas. Es un rostro en el que no hay un solo hueso roto.

Su cabello, ennegrecido por el polvo y el sudor, cae en desordenadas ondas sobre sus hombros. Algunas hebras se adherían a su piel húmeda, otras quedaban atrapadas entre las espinas de la corona, como si fueran parte de aquel tormento sagrado. El viento, cómplice silencioso de su agonía, mueve suavemente algunos mechones, como si intentara darle un último consuelo, un último gesto de compasión en medio de tal sufrimiento.

La túnica cae sobre su cuerpo con la pesadez de un destino irrevocable, un manto teñido en púrpura que no solo cubría su carne lacerada, sino que también proclamaba, en su oscura majestuosidad, la paradoja de su reinado. No es una prenda cualquiera: es el símbolo de realeza que con tanto arte le acomoda su grupo de camarería. Guti y Javi, que el Hijo y la Madre os lo paguen, porque los demás no os daríamos un pago digno ni aunque tuviéramos tres vidas cada uno. Es una túnica de color regio para reforzar la verdad de que Cristo es Rey, aunque su trono fuera la cruz y su corona, un tormento.

El tejido de la túnica se aprecia denso, pesado, como si el mismo lino se hubiera impregnado del dolor de su



portador. A cada pliegue se adherían las sombras de la noche y los ecos del sufrimiento, formando ondulaciones que parecen estremecerse con cada paso vacilante. La luz, al chocar contra la tela, revelaba matices ocultos: allá donde el púrpura se oscurece hasta el borde del negro, la sombra del sacrificio se hace más evidente; donde la seda conservaba un resquicio de fulgor carmesí, la sangre que empapaba su piel parecía fusionarse con la vestidura, volviéndose parte de ella, confundiéndose con su esencia.

El borde de la túnica, adornado con una delicada hilera de encaje blanco, contrastaba con la crudeza de la escena. Aquellas filigranas, que en otro tiempo habrían sido el orgullo de un artesano, ahora temblaban al compás del movimiento lento y fatigado del Mesías. El blanco impoluto que una vez las definió estaba ahora mancillado por el polvo del camino, por el roce con la madera áspera de la cruz, por las gotas de sangre que habían descendido sin piedad.

Sobre el pecho, un cordón dorado trazaba una línea que caía con la solemnidad de un cetro olvidado. Era un detalle casi irónico, un resquicio de nobleza en mitad del ultraje. El oro, que en otros tiempos simbolizaba la riqueza y el poder terrenal, se veía ahora como una sombra lejana de una gloria que no pertenece a este mundo. Aquella simple cuerda, que cruzaba la túnica con discreta elegancia, parecía ser lo único que aún mantenía la prenda en su sitio, sujetándola con la misma resistencia con la que Cristo soporta la Cruz.

Las mangas, anchas y generosas, caen sobre sus muñecas con aire de solemnidad, pero también de desamparo. El tejido, que debía haber sido suave al tacto,



ahora se arruga en pliegues marcados por el sudor y el cansancio. A lo largo de sus brazos, la túnica se adhiere y se suelta en un vaivén incierto, como si la misma tela dudara entre abrazarlo o ceder ante la gravedad del dolor. El borde de las mangas, desgastado y en algunos puntos rasgados, mostraba los estragos de un camino.

Y en sus manos, esas manos que habían sanado, que habían bendecido, la tela de la túnica se recoge con el movimiento involuntario del esfuerzo. Los dedos, crujientes por la fatiga, rozaban el tejido con la delicadeza de quien ya no siente el peso de lo material. Allí, en ese contacto sutil, la vestidura y el cuerpo parecían fundirse en un solo ser, en una única imagen de su padecimiento.

Así, con la túnica ondeando levemente al ritmo de su andar mecido por su pies estudiantiles, Cristo avanzaba hacia su destino. No como un rey derrotado, sino como un soberano que, aun vestido con el manto del sufrimiento, aún humillado y herido, seguía portando en cada hilo de su vestidura el testimonio de un amor más grande que la misma muerte no pudo vencer.

Santa María y el Castillo, testigos mudos de su Pasión, parecen sumirse en sombras, dejando que toda la luz recayera sobre el rostro de Cristo, sobre su expresión de entrega, sobre la tragedia de su sacrificio.

Este cartel no solo impacta por su fuerza pictórica, sino también por su cuidada composición tipográfica. La elección de la tipografía aporta solemnidad y elegancia, con un juego de colores que enfatiza los elementos clave del mensaje. Destacan en verde las palabras "Vera Cruz",



En la parte inferior, el nombre de la hermandad aparece en grandes caracteres: **"ESTUDIANTES ANTEQUERA"** ,

Esta imagen celebra algo que solo ocurre cada cinco años y que desgraciadamente, por culpa de la pandemia, se tuvo que suprimir en el 2020, por lo que los antequeranos cofrades lo vamos a conmemorar con muchas más ganas, devoción y penitencia.

Más allá de su función anunciadora, este cartel es una manifestación artística que encierra siglos de devoción y tradición. Cada trazo de la pintura y cada elemento compositivo reflejan el fervor con el que la Cofradía de los Estudiantes vive este Vía Crucis con la imagen de Nuestro Jesús Nazareno de la Sangre. No solo es el centro del cartel, sino el centro del corazón de sus devotos, quienes encuentran en su mirada serena un refugio en que cobijarse.

Y todos, bajo esa mirada, comenzamos el

VÍA CRUCIS.

Son las 11 de la noche y las puertas de la Capilla de las Sangre y Santa Vera Cruz se abren. La cruz de guía abre la marcha con la solemnidad de quien anuncia un misterio. Su silueta, recortada contra la penumbra de la noche, avanzaba con paso firme, abriendo las calles empedradas de Antequera a la Pasión.

Las farolas, tímidas, proyectaban sombras alargadas en los muros de la fachada de San Francisco. Delante, el cortejo de dalmáticos, entre negro luto y verde esperanza, se deslizan en silencio ondeando al compás de una brisa tenue



que apenas conseguía disipar el incienso suspendido en el aire.

JESÚS ES CONDENADO A MUERTE.

En su puerta es condenado a muerte. El primer toque de campana retumba en el patio, y el Nazareno da su primeros pasos sobre los hombros de sus hermanacos. Sienten en su alma la sentencia, el destino marcado. Su mirada se alza un instante hacia el cielo, negro y sin luna, y comienza la marcha.

JESÚS CARGA CON LA CRUZ

En su Plaza de San Zoilo, su túnica morada ondea levemente mientras sus manos se aferran a la cruz. La cruz de plata y carey, fina y fría, descansa ya sobre su hombro con un peso que es tan físico como espiritual.

El viento arrecia cuando comienza a avanzar por la calle Trasierras. La cruz pesa más a cada paso, como si las piedras del camino la anclaran. Los cirios titilaban, proyectando sombras inquietas sobre las almenas de su monasterio.

JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

Apenas empieza a andar por su barrio, revira por Martín de Luque y su pie resbala. La cruz se inclina con él, y por un instante, cree que caería. Sus Cireneos de Banda Verde lo apoyan, inspiran hondo, sienten el peso de la cruz y de su penitencia, y lo ayudan a continuar.



JESÚS ENCUENTRA A SU MADRE

En el silencio de la calle San Pedro, Nuestro Padre siente fondo de la calle en la Plaza del Triunfo una mirada sobre él. A un lado, en la penumbra, una mujer de luto le observa llorosa mientras intenta consolarle. En sus ojos se refleja el sufrimiento de una madre que teme por su hijo e intenta darle todo el Consuelo posible.

SIMÓN DE CIRENE AYUDA A LLEVAR LA CRUZ

Al llegar a la esquina de Hornos con Cambrón y Villate vuelven a flaquear sus fuerzas. El Hermano Mayor lo mira, y su vista se desvía a su derecha. Allí, en una hornacina, está el Cordero de Dios, ¿qué Simón de Cirene hay mejor que tu sacrificio para sentir alivio y seguir adelante?

LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESÚS

Calle los Hornos, olor a trabajo y pan. Desde un balcón, alguien deja caer unos pétalos. Caen sobre su rostro limpiando su sangre y sudor, un retazo blanco en la oscuridad de la noche.

JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

Sus pies vacilan en Centinela, la cruz pesa cada vez más. Tropieza, hincando una rodilla en el suelo. Un quejido



escapa de su garganta, pero nadie habla. Solo el murmullo del viento responde. Sigue la marcha.

JESÚS CONSUELA A LAS MUJERES DE JERUSALÉN

En un rincón de la calle Polilla, un grupo de mujeres rezaba en silencio. Sus labios, secos por el esfuerzo, se movían sin emitir sonido, pero sus ojos reflejaban el sufrimiento de la Pasión.

JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

Tiene que caer otra vez en la calle más Alta de Antequera. Mira hacia la Cuesta de la Ermita de la Vera Cruz, el nombre de su Madre, que se le hace eterna. El sudor cae sobre su frente agujereada por las espinas, sus manos tiemblan, sus piernas apenas responden. Siente que caerá de nuevo y que la cruz le aplastará, pero el sonido del fagot le da un último aliento, y con él se levanta.

JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

Al llegar a la entrada del Deposito siente el fresco de la madrugada en la piel. Está agotado, quiere rendirse, pero no puede. Hay que subir la cuesta que lleva al patíbulo. No hay ya diferencia entre el Cerro y el Gólgota.

JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

Los pies del nazareno tocan el suelo de la ermita. Allí, en la penumbra, la imagen de Nuestro Padre va a ser



crucificada. Sus ojos, tallados en dolor eterno, nos atraviesan.

JESÚS MUERE EN LA CRUZ

El Cristo de la Sangre cae de rodillas. La cruz resbala de sus hombros, golpea el suelo con un eco sordo, y el Santo Cristo Verde cierra los ojos.

JESÚS ES DESCENDIDO DE LA CRUZ

Un silencio absoluto se apodera de la ermita. Los cirios seguían ardiendo. Los Estudiantes ya solo podemos retornarlo a San Francisco para dejarlo a los pies de su Madre. La noche se debate entre el dolor y la calma.

JESÚS ES SEPULTADO

Los Estudiantes dejan el cuerpo ante su Madre, que deja escapar un suspiro. Su penitencia ha terminado. Da un último vistazo a su Cristo Verde y sale de la Iglesia, perdiéndose en la noche de Antequera, donde el incienso aún flota como eco moribundo de la Pasión..



PRESENTACIÓN DEL XXXV CARTEL LUNES SANTO 2025

Y al tercer día, tras dejarte el Viernes de Dolores a los pies de tu Madre, nuestra Señora de la Santa Vera-Cruz, regresas para subir a tu trono dorado, entre los ocho varales que sostienen el palio burdeos de pureza.

No quiero impacientaros más. Solicito al autor del cartel, D. Francisco Tejeda, al Hermano Mayor, Don Juan Manuel Vegas, y, en su primer acto con la Hermandad, al Padre D. Francisco Hugo Auriolos, que suban a descubrir el cartel.

(Frank, Juanma, Padre, cuando queráis)



F
Frank Tejada

ANTEQUERA
COFRADÍA DE LOS ESTUDIANTES
LUNES SANTO

2025



PROBISA





Fotográfica Antequerana desde el 2013, de la que ha sido secretario y actualmente es vicepresidente. También es miembro y jurado de la Federación Andaluza de Fotografía, y miembro la Confederación Española de Fotografía.

Se introdujo en la era analógica con una cámara Reflex-Kodak, aunque al formato digital ha llegado con cámaras Olympus y Nikon. Se apoya en herramientas como Photoshop y Photoscape, sobre las que ha tenido a bien compartir su experiencia en varios cursos.

En reconocimiento a su habilidad y dedicación ha recibido muchas distinciones, entre ellas, las de Fotógrafo Artista de la Federación Andaluza de Fotografía y de la Confederación Española de Fotografía en el año 2020. Mas tarde, se le ha reconocido como Fotógrafo Excelencia de la Federación Andaluza de Fotografía. en el año 2023.

En el IV Salón Internacional de Fotografía Dominicano del IV Intercontinental Circuit 2019 fue Medalla de Oro de la Federación Catalana de Fotografía, como no podía ser de otra forma, con una foto de los Estudiantes.

Y es que la relación de su cámara con la semana Santa Antequerana es una verdadera historia de amor, que le ha traído incontables alegrías: además de sus casi 100 participaciones en salones y certámenes, ha sido Diploma en el II Certamen Nacional de Fotografía de Semana Santa de 2022, Medalla de Plata en el Concurso Tolosa Herria de 2020, con un tríptico de esta cofradía; Medalla de Bronce de la Bienal Monocromo de Omán de 2022, con una fotografía de la Cofradía de los Estudiantes...



Fran, espero que sigas retratando nuestro Lunes Santo y que hacerlo te siga trayendo tantas alegrías. Tu visión y tu talento dan a conocer nuestra salida y nuestra iglesia al mundo. Si no fuese por ti, esto no sería posible.

La composición general de la imagen resalta la solemnidad de las tradiciones de la Semana Santa antequerana, en la que el espacio sagrado de la iglesia es el marco ideal para los rituales de fe y devoción. Cada elemento (la luz, los nazarenos, la arquitectura) están cuidadosamente alineados para crear una atmósfera de trascendencia y conexión con lo divino.

La iglesia es una conjunción entre lo humano y lo divino que se vive intensamente en cada rincón de San Francisco. Los nazarenos, en solemne procesión, representan no solo a los individuos que integran la cofradía, sino a toda una comunidad que, a través de ellos, rinde tributo a la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo.

Es un homenaje al arte y la arquitectura sacra que, durante siglos, han sido pilares de nuestra identidad cultural y espiritual. La iglesia misma cobra vida, se hace testigo muda de incontables historias de fe inquebrantable de los cofrades que han arrastrado los pies sobre su enlosado desde el siglo XV hasta nuestros días. El edificio que nos envuelve y abraza, del que los monjes franciscanos observantes comenzaron a poner sus primeras piedras a principios de ese siglo, no se vería culminado hasta el siglo XVIII.

Su forma actual es fruto del acuerdo entre la orden franciscana y nuestra Hermandad, que por aquel entonces aún se llamaba Archicofradía de la Sangre y Santa Veracruz.



En aquella época, la veneración al Nazareno era tal que su capilla no podía albergar a todos los que allí querían congregarse en las fechas más señaladas. Para poder acoger a todos los hermanos, la Hermandad costeó la construcción del actual retablo, a condición de que los franciscanos cedieran el camarín (que en aquel momento ocupaba la Virgen de los Ángeles) a Nuestro Padre cada uno de enero y durante su novena.

La luz que se filtra por los ventanales es el pincel que dibuja la gracia divina sobre nuestro templo. El polvo que levanta el racheo de los zapatos queda a merced de estos haces, uniendo sin metáforas lo terrenal con lo celestial.

El capirote, alto y puntiagudo, es el elemento icónico del atuendo de los nazarenos, y los capiruchos que lo portan son silenciosos, inescrutables, anónimos ante Dios y ante nosotros. No son nadie y podrían ser cualquiera, pues de su imagen medieval no importa el quién, ni el cómo, ni el dónde: solo su penitencia. Caminan bajo la guía del espíritu de la cofradía en silenciosa hermandad, y nos recuerdan que la fe no se vive en solitario. Son el símbolo de la esperanza compartida, de la fe incondicional y del amor por los titulares.

Aquí los vemos en un momento clave: atraviesan el limbo entre el interior de la iglesia, el refugio sacro, para salir al exterior, donde serán ejemplo humilde de fe y devoción en las calles. Abandonan el templo para llevar la pasión y resurrección de Jesucristo al pueblo de Antequera y así mantener vivas las tradiciones de la Semana Santa.



Queda todo impregnado de un profundo silencio, roto solamente por el sonido de los pasos sobre el suelo de barro cocido, el roce de las túnicas, y el eco de un Ave María cantado magistralmente por la coral de San Sebastián, que ya lleva años enamorándonos, unido al murmullo de una oración colectiva. El silencio no es un vacío, invita a la reflexión y al recogimiento.

Estamos ante un acto de devoción contemporáneo en el que se alinean siglos de tradición inalterada. Los cofrades que avanzan por el templo son los herederos de generaciones pasadas, que hicieron penitencia con idéntico fervor y respeto. Cada estación de penitencia es un puente entre pasado y presente. La fe trasciende el tiempo y las generaciones.

La cofradía reafirma su papel en la comunidad como institución guardiana de la memoria cultural y espiritual del pueblo. Da muestra de cómo la fe y el arte que se funden en una expresión que va más allá de lo físico, tocando el alma de quienes la presencian.

El color negro en nuestro atuendo es signo de duelo y recogimiento por la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. Su sobriedad intensifica el carácter penitencial de la escena, pero no debemos olvidar que esta queda envuelta por el blanco de nuestra capa, símbolo de pureza y esperanza. El blanco es la limpieza del alma, la renovación y la victoria del bien sobre el mal. Es la Resurrección de Cristo. El contraste entre el blanco de la capa y el negro de la túnica crea un diálogo visual entre el dolor de la Pasión y la esperanza de la Resurrección.



Nuestra túnica es una prenda sencilla, sin ornamentos, que subraya la humildad de los nazarenos. El fajín, que no se ve en el cartel, se ciñe a la cintura, del mismo verde que nuestra banda, representa la esperanza en nuestra juventud, que son los verdaderos portadores de nuestro futuro. Verdes son también sus cirios, que apagados, esperan que su fuego sea la luz de Cristo y la esperanza en su Madre, la guía de los fieles en la oscuridad.

Su forma de caminar, en fila y en absoluto silencio, son, como manda nuestra tradición, señal de disciplina y respeto. Cada paso está medido, cada movimiento sincronizado. Prima la solemnidad del Lunes Santo, crean el ruido justo para que nazca el silencio.

No quiero que pase inadvertida la parte superior del coro. Si os fijáis, de la balaustrada cuelga el estandarte de la Archicofradía. Reúne los símbolos que unen a todos los hermanos de esta Archicofradía: las cinco llagas del Nazareno de la Sangre, los tres clavos del Santo Cristo Verde, y los trece nudos de la cruz arbórea de Nuestra Señora de la Santa Vera-Cruz. Sobre el conjunto, una corona real que no fue dada por reyes: es el símbolo del Real Monasterio de San Zoilo y la Iglesia de San Francisco.

Ese escudo lo hizo mi Josele. ¿Cómo podía dejarlo pasar, amigo? Lo hiciste en damasco rojo, bordado en hilo negro sobre damasco de marfil, como el color de la cara de tu Vera-Cruz. Fuiste su Hermano Mayor, y cada vez que cojo el martillo te vienes a mi mente. Ay, cabezón, cómo te echo de menos. Qué pronto te fuiste con Paco. Cómo os echo de menos.



MI LUNES SANTO

Los penitentes salen acompañando a la Madre, y San Francisco se queda vacía.

El Nazareno está ya en la Plaza. Los cofrades se preparan; esperan el primer arriba del Lunes Santo, pero el Hermano Mayor los hace esperar un poco más. Reza la oración que Él nos enseñó, el Padre Nuestro.

Hermanacos de Nuestro Padre, ¡atentos! al toque de campana, mirándolo y muy muy despacio ¡arriba!

Y Nuestro Padre, al son de la Marcha Real, asciende al cielo derechito. Suena al momento Réquiem, la primera. Suena por los que se han ido con el Señor y su Madre al eterno Lunes Santo.

Al final de la Calle Calzada se hace una revira, que es el momento en que un trono gira para tomar una esquina, en este caso, la de la calle Encarnación. Al Santo Cristo Verde le rezan las personas mayores desde los balcones, como bien sabe mi amigo Antonio Casero. A la Señora la esperan las monjas de la Encarnación para rezarle cantando, porque así rezan dos veces.

San Sebastián, la colegiata de Antequera. Qué pena que no pueda entrar todo el cortejo a hacer una oración y la estación penitencial ante Dios vivo, sino solo una representación de esta.

Don Antonio, este año le tocará a Don Francisco, esperar en la puerta para guiar a la representación hasta la capilla del Santísimo, para luego hacer una sentida oración a cada



titular.

Salimos de la plaza. Meciendo con elegancia nuestros tronos para entrar en la principal calle de la ciudad, la que le da nombre al que hizo Antequera Cristiana, El Infante Don Fernando. Caen saetas para el Hijo y la Madre bajo la mirada del Hermanaco y el Campanillero de bronce, monumento a nuestra Semana Mayor.

El Infante nos enfila a tribunas.

Se llama a la puerta de la Alcaldesa Perpetua,

Patrona de esta muy Noble ciudad.

¡Señora de los Remedios!

Tan pequeña en tamaño como grande

en devoción y amor. No hay Hijo ni Hermana

que no pase a saludar a La Primera Antequerana en esta, su semana mayor.

Con un giro respetuoso entre aquellas en quien se hizo Su voluntad, termina la calle Infante. Se encara el Capitán Moreno; oh, capitán, mi capitán, que de niño me viste dar patada al balón a tus pies, y hoy me ves a los pies del Rey de Reyes, mi Nazareno.

Calle Cantareros. Decidme si es mentira, hermanacos de los estudiantes, lo que voy a decir ahora. Tan larga, tan pesada, tan sufrida, tan austera. Tan cierto es eso como que no hay pasos donde uno más sienta el Lunes Santo.



No hay tanta música, pero por un buen motivo. Hay que coger fuerzas para lo que se nos viene. Esta calle es el respiro, el recogimiento necesario, la reflexión oportuna, pero lo cierto es que todos estamos deseando ver la torre de la Iglesia de Madre de Dios. Un viro, Lucena, un reviro. ¡Ya estamos en nuestro barrio!

CALLE DURANES, que se hizo cofrade por obra y gracia de esta **HERMANDAD DE LA BANDA VERDE**. Tras 50 años de ausencia, las marchas volvían a retumbar sobre unas aceras a las que, a las puertas del cambio de siglo, les quedaba más bien poco.

Irrumpe Nuestro Padre Jesús Nazareno de la Sangre, al son de Amor de Madre, conmigo como Hermano Mayor de Insignia y sesenta valientes bajo las andas de hierro.

Avanzamos, **y cuando Nuestro Padre Jesús Nazareno de la Sangre pasa, no pasa, se queda. Se ancla en el corazón de todo estudiante que le reza; de todo antequerano que lo mira, de todo penitente que lo sigue cada año bajo capuz negro, capa blanca y fajín verde; de todo hermanaco que a un hombro carga la banda y al otro, su promesa.**

En esta calle, tú, Hermanaco, te haces sus pies en la tierra. No bailas: andas, y meces, y luchas, y avanzas, y te arrastras al son que marca Jordi desde Almogía. El aliento

No hay un momento más emotivo, más maravilloso, que el paso por esta calle.

Y llegamos a San Francisco exhaustos, y porque no decirlo pensando y mentalizándose con lo que nos viene, esa



espera deseada, el reencuentro con su Hermano, el Santo Cristo Verde. Juntos, los hijos esperan a su Madre. Es el momento culmen del Lunes Santo Cofrade: dos tronos meciéndose al unísono para recibir a la Virgen con la cara más hermosa, dulce y afligida de esta Semana Santa. Saluda a sus Hijos al son de "La Banda Verde", y los devotos en la Plaza de San Francisco rompen en aplausos y vivas.

Entonces, la música cesa.

Los hermanacos descansan. Se asientan la calma tensa, la resignación silenciosa, el temor sabido. Se acerca la despedida.

La Madre se acerca a sus hijos. "Hasta dentro de un ratito", les dice. "Ahora nos vemos en casa".

El Santo Cristo Verde, y nunca le podré agradecer lo bastante a Jerónimo su insistencia en este himno, entra al templo arropado por las notas de "La Muerte no es el Final". Qué sabia elección, pero qué dura vivencia fue escucharlo el pasado año, con los ojos clavados en los de mi Nazareno. Tres son nuestros titulares, y tres veces te doy las gracias, Hermano Mayor.

A Él siempre le cuesta volver. Siempre es el último en despedirse. Me dice que ha sido corto, que quiere seguir en su barrio, con su gente, sobre nosotros. Le digo que siempre habrá más, que nunca se irá muy lejos, y que su Antequera vive por su anhelo.

No hay año en que no haya que convencer a mi Manué para que, despacito, con tiento, consienta pasar bajo el dintel que preside el Seráfico, atraviase el patio, y ate el



cordón franciscano que enmarca la puerta de su hogar. “Para que nada aquí fuera se escape”, me dice. Asiento, y pasa por el quicio. Desciende para evitar el cancel, bajo la atenta mirada de la Inmaculada, y para debajo del coro, a la altura del farol.

Este es mi momento del Lunes Santo. Fue también en el 99 cuando, la semana de montaje, al mover el trono a su sitio para la salida del Lunes Santo, lo paramos a la altura de la Capilla, centrado en la nave principal. Con idea de que el paso no entrara dando la espalda a su Madre, probamos a girarlo en el sitio.

Al ver que cabía perfectamente entre la columna de la pila y la pared donde cuelga el cuadro del Martirio de los Franciscanos, no pudimos dejar pasar la ocasión. Perry, Hermano Mayor de aquel año, siempre dispuesto a escuchar, me dio su permiso: “Hazlo”, me dijo, “y yo me encargo de la marcha”. Eligió Rocío. La marcha de la Reina de las Marismas, la que Julia y su madre usaron para encaminarme por la senda rociera. El resto, como suele decirse, es historia.

El Nazareno ya está debajo del farol, y este año te espero, cuñado, para que disfrutes conmigo aquello que dijiste de Él en tú pregón de la Semana Santa de Antequera en el 2005, ¿te acuerdas?

**El Cristo de la Sangre gira,
entre altares y púlpito, sus andas.**

**Va buscando a su Madre,
la Señora ya está en su casa.**

Entonces se escuchan vivas



y el sudor, humanamente, se palpa.

**Ahora la banda toca "Rocío"
porque con Ella los hombros estallan.**

**No hacen falta almohadillas,
el trono entre hombros resbala.**

**Los retablos de la Iglesia
quieren encoger sus tablas,
parece que el trono no gira,
sólo le guía una mirada.**

**Es la mirada de su Virgen
que llorando en su trono aguarda.**

**La Señora espera que otro año
"la Sangre" gire en la Iglesia,
completas sus cuatro andas
y que mueva su palio,
hasta que rocen sus flecos
todos los rincones del alma.**

**Porque Tú Señor de la Sangre
eres mucho más que una Imagen.**

**Más que lirio de Judea,
más que clavel de España.**

**Eres la Imagen de nuestras vidas,
la eternamente amada.**

**Eres la dulzura hecha Hombre
y la pasión más arraigada.**



**Sólo Tú eres, Señor, mi Nazareno,
¡Mi Cristo de la Sangre!**

Manolo, este año hay que dar gracias no solo a Él, también a su Madre. A ti te espero en la entrada, con la banda verde y de traje.

En mitad de tantos nervios, porque en la Iglesia no cabe un alma, se escucha una voz por encima de varales y andas: la del Hermano Mayor, que clama

Hermanos, ¡atentos! Ya hemos llegado a casa. Mirad cómo está la Iglesia, como todos los años. Paco Villalón, Melero: tranquilos; José y Jesús, Cantos, apoyando; Moi, Rafa, no os vengáis arriba con la gente que hay mucha; Mariano, Pato cuidadito con los altares; Manolillo, Pablo, control y nada de empujar, José, Ramamcillo, el culero es vuestro y lo quiero centrado; Juanma, Ramón, Juan Luis, Eduardo, Jesús, mis campanas y todos los hermanacos, ¡VAMOS A LLEVAR AL NAZARENO JUNTO A SU MADRE PARA QUE SE DESPIDE DE ELLA ESTA NOCHE, Y DE SU HERMANO, EL CRISTO VERDE! ¡Atentos! Al toque de campana, ¡mirándolo! Y muy, muy despacio... ¡ARRIBA!

Y con el ímpetu de quien ha esperado con ganas, los Hermanacos del Nazareno empiezan la vuelta, precisa y solemne, firme y eufórica, en el interior del templo, ante más ojos de los que aquellos primeros franciscanos jamás creyeran que habría en su iglesia. La banda de Almogía le susurra Rocío al Nazareno, que empieza a alegrarse de volver a casa, y cada compás adorna sus aún prudentes zancadas. Los presentes guardan silencio, los corazones en puños, se



contienen los alientos.

La música temple su paso, sus pies rebosan cautela, y hasta mismo tiempo quisiera pararse mientras dura la vuelta. El Nazareno, que venía de espaldas, ahora a su madre se enfrenta, y comienza a sonar el flautín, y ya nada más suena. Es delicado, es dulce, es paciente, sabe lo que se espera. Sabe que es la calma que precede a la tormenta. Y os voy a contar un secreto, pero que nadie más lo sepa: como todos miran al Hijo, nadie más se ha dado cuenta, pero cuando Él vuelve a mirarla, sus lágrimas se secan.

El flautín, tocado por José Francisco, termina el solo, y se desata la tormenta. San Francisco respira y las columnas tiemblan. Los Hermanacos le mecen, pero ya no hay cautela, pues saben que la busca, que a su Madre anhela, y su madre, conmovida, le mira y le consuela.

Termina Rocío, y Nuestro Padre gira entre el retablo y el púlpito. Se despide de su Hermano, el Santo Cristo Verde. En esta maniobra se ve la destreza y el mimo de los Hermanacos, y por qué no decirlo, también de su Hermano Mayor. Demuestran un dominio absoluto en cada movimiento del paso, haciendo el imposible giro delante del pulpito.

Cuando este termina, va en busca de su banda de Cornetas y tambores, que es su banda, y esto lo dicen ellos. Raro es no ver en la gorra de cualquier componente una postal del Cristo de la Sangre junto su Cristo de la Vera-Cruz. No quiero perder esta oportunidad de daros las gracias a todos los componentes de la banda que habéis estado desde el año 1992 a mi lado y con el cariño que siempre nos habéis tratado, GRACIAS.



Os despedís con los sones de Nazareno Franciscano, y qué cara se os pone cuando veis venir al Nazareno, el único momento en la Estación Penitencial en que os encontráis cara a cara.

Nuestro Padre vuelve a su "cochera", como nosotros la llamamos, el lugar donde se coloca en la Iglesia. Se cierra el círculo con la Marcha Real, solemne y apoteósica, que desata una mezcla de aplausos y lágrimas entre los presentes.

Termina el Lunes Santo con un toque de campana, esa campana, Vivi, que estoy deseando verte tocar este año, conmigo, delante del Nazareno. Ojalá solo sea una de las dos campanas que toques este año.

La majestuosidad de este día termina en el Nazareno de la misma forma que empieza. Me vuelvo junto a mis Hermanacos para darle gracias, no solo por la estación penitencial si no por todo lo que nos da, y mirándole a los ojos, digo:

Hermanos de Nuestro Padre, nadie se mueve de su sitio. Atentos, mirándolos todos a Él decid conmigo:

Padre nuestro, Señor en los cielos, Nazareno de la Sangre, que con tus manos abiertas acaricias tu venerable Cruz de plata y carey.

Santo Cristo Verde, que con tus manos extendidas, crucificado en ese monte calvario de iris, te inmolas en la Cruz de madera y plata con amor inmenso.

Padre nuestro, Nazareno de la Sangre, Santo Cristo Verde, somos vuestros Hermanacos: benditos sean



**vuestros nombres. Os mecemos al son que dictan el
Hermano Mayor. En el anda siento vuestro reino
fraterno, vuestra Antequera es estudiantil y cofrade, y
se siente orgullosa cuando os mecemos ante su pueblo
antequerano.**

**El pan nuestro de cada día y salud que nunca
faltan, Señor, perdónanos. Que debajo de tu trono, el
peso que llevamos en nuestros hombros nos haga
olvidar el rencor, y nos quite del mal, y de la tentación.**

Amén.

Cumplo ahora mi promesa, hecha a mi pregonero y sobre todo Hermano, Félix Gutiérrez Moreno, para con la madre del Rey de Reyes; me dijo que le encantaría que la última oración de su pregón se la volviera a pregonar, Félix yo no voy a pregonarla, pero si voy a rasársela a nuestra Madre, la Santa Vera-Cruz, delante de ella. Se la pregonastes un 15 de marzo, y dijistes a los Hermanacos que te la pararan, a mi no me la van a parar porque ya la tengo en su casa, es su borriquetes y todos los Estudiantes después del Padrenuestro nos volvemos hacia Ella y le decimos:

Virgen de la Vera-Cruz.

Guapa como antequerana mujer.

Guapa flor aún estando triste.

Guapa en tu carita serena.

Guapa aunque transmitas pena.

Guapa estrella de mi noche.

Guapa mujer valiente.



La madre del nazareno.

La madre del Cristo Verde.

Virgen de la Vera-Cruz

Guapa bajo tu palio.

Guapa sobre mi cielo.

**En las noches de desvelos
y las líneas de un pregón.**

Virgen de la Vera-Cruz.

Petalada de aire limpio.

Madre de mi corazón.

¿Qué por qué te llaman guapa?

Esta es la madre de Dios.

¿Qué más te puedo decir?

Virgen de la Vera-Cruz.

Guapa, porque eres guapa.

Ahora sí, es el final. En las procesiones no sólo se refleja el profundo respeto hacia las imágenes sagradas, sino también el esfuerzo y dedicación de quienes llevan sobre sus hombros, y no hablo de tronos, esta responsabilidad de mantener la tradición más arraigada de este pueblo, que no es otra que su Semana Santa.

Sergio, pon el teléfono a grabar, y decid todos conmigo:

¡Viva Nuestro Padre Jesús Nazareno de la Sangre,

¡Viva el Santo Cristo Verde!,



¡Viva Nuestra Señora de la Santa Vera-Cruz!

¡Viva esta bendita cofradía de los Estudiantes de Antequera!

Hermanos, nos vemos todos en este Real Monasterio de San Zoilo, Iglesia de San Francisco, el 14 de abril a las 12 de la noche.

GRACIAS